

as personas cu-
da por el traba-
había quitado
su complexión

edad, a la de
atralmente de
normes casi lo
el dolor impri-
na huella mas
un minuto de
largo que un

cho, aquel hom-
resion recelosa
a sino un buen
de dije a mi mis-
un alma acos-
investigacion de
señalar con mas
de estas caras
e los pensamien-
pero que no se
tífica, puede ar-
los datos descen-
alumbrando el

ra largo: tenia
en la contem-

cebido de mi es-
on, i varias ve-
es, con una es-
me habia oca-
intenso. No
mi intencion de
alma, i que, a
siente acorrala-
volvía hacia
ible. Por un es-
nico, conseguí
el imperio fas-
estaba en con-
ento en que yo
mento, i me los

creer que ha-
ad, que para él

ol de fuego en-
bre la tierra, i
ra quemante se
os orgáulicos.
e habian con-
el exceso de
la novedad del
que se volvian
ría, habia sido
saciones i via-
los demas pla-
placer. Agota-
s, se miraban
el sueño.

ientos era lo que
a, ajeno a aque-
se, pues, de ma-
ra los sucesi-
cia la pesadez
—muy a poco—
a mi rostro la
afreco las per-
s. Aflojé todos
a posicion có-
n el marco del
que quedaba
n su fisonomia
mente que me
tezaba.

entrecerrados;
argo, a mi homi-
sta alegría, los
a en mí, i prin-
donarse a sus
e su contraido
que le ajitaban
papel, no perdía
s. Despues que
e quedé inmó-
ido.

ta olvidarse de
ojos en el hori-
del tren lo pre-
poco a poco—
adquirieron sus
lejaran la vision
a relieve i sin co-
go, la conciencia
e su actividad
fijarse en un so-
bien que su ros-
de un vestua-
hacer presumir
estaba ocupa-
tes. Los ojos fi-
el horizonte, con
de contempla-
stro humano en
la falta casi ab-
sus miembros,
te automáticos,
estado, cuyo ori-

vo así, inmóvil,
apara el mas mi-
n de sus ojos.
ran, i que aque-
ra acompañada
los labios—por
cedió pronto su
de dientes.

je i profunda có-
señalante! Pe-
ta, apenas tuve
quedar sin movi-
no expresó la
n objeto único,
o; las arrugas de
concentricas—tan
móviles i fijas,
os por una tenue
se borraban las
baolan mas pro-
todas a hacerse
s, como si fueran
ste, i de pronto
s para volver de
s. En eso, la ma-
la morena, de la
n mis ojos aten-

ormido hacia re-
sobre el brazo
miradas la deli-
cia de su rostro.
instante sobre
ña, i como si ere
lo hacia ella su
s ojos de rumbo,
omia de la e H-
or su alma? Di-
cortinadamente,
pias, que eran
Como habia de-
ya no podia ver-
s la espresion.
lemas que en el
nar una fisono-
ron para modu-
placer—satisfa-
l, como a despe-
estaban, sin du-

da, a hacerlo! La mano movió sus dedos pa-
ra acariciar la carita de la niña, i corriéndose
hasta sus labios de rosa, los tuvo un
momento apretados suavemente... Una emoci-
on de íntima ventura se derramó sobre el
rostro del desconocido: pero ¡ah! cada uno
de sus rasgos parecía resentirse de ser obli-
gado a tener aquel aspecto! La tristeza tenia
un tal impacto sobre ellos, que la espresion
contrastaba no les servía.

Cuando un hombre, i sobre todo, un hom-
bre serio, acaricia una criatura, hai en el
tal cosa de disgracioso, de zafio, de torpe,
que salta a los ojos. Lo mismo pasaba en
aquel momento con el misterioso viajero.
Pero si se une a esta idea la de aquella res-
pugnancia, por decirlo así, que mostraba su
alma hacia los sentimientos dulces, se te-
dra una imagen aproximada del aspecto es-
traño que tenia. Sin embargo, era tan sin-
cero i tan intenso el cariño que manifestaba
por sus tímidas caricias, que ante aquella
debilidad—porque parecía que un deseo
mas fuerte que su voluntad lo arrastraba—
yo me sentía conmovido e inquieto.

¡Ah! ¿qué imágenes pasaban entonces por
su espíritu, siempre presa de ideas lúgub-
res? Aquella ráfaga de purísimo amor—
porque él no podía ser sino el padre de la
niña dormida—aquel relámpago de dulce
claridad que como una esperanza de paz,
habia ido a alumbrar el negro cielo de su
vida, debía ocasionarle un triste placer—
debía producirle un sentimiento de melán-
colica amargura, que en cualquiera otra per-
sona habria bastado para bañar los ojos de
lágrimas.

Pero aquella era una alma fuerte. Las
tormentas del mundo la habian templado i
era como el acero; se doblegaba sin rom-
perse.

—Pobre hombre! murmuré entre mí, es-
tremeciéndolo...

¡Ah! pero qué ví! Aún me quedaba al ver-
dadero drama!... ¿Por qué no me habia fi-
jado en aquella circunstancia horrible!

La niña que lleva la sirvienta era rubia.
La que él tenía en sus brazos, morena, es
decir, de su mismo color.

Despues que hubo estado un rato con-
templando la que él llevaba, sus ojos fue-
ron lentamente cambiando de espresion, i
las manos automáticamente cesaron en sus
tímidas caricias, poco a poco, como cesa en
sus jenerosas aspiraciones un carifio que se
extingue... De nuevo volvió la fisonomia a
reflejar aque la contenida i formidable cóle-
ra que momentos antes habia espresado.
Volvieron los dientes a chocar uno con otro,
i los ojos a pintar, como en un espejo, la
ira que ajitaba el alma.

Pero aquella vez se fijaron en el rostro
de la niña rubia, dormida también sobre el
brazo de la sirvienta... i una luz tan rápida
como una flecha llenó el campo de mis
pensamientos.

¿Qué de odio espresó aquella larga mira-
da! Qué revolución de sentimientos sobre-
llevaros en secreto, amontonados día por
día, hora por hora, minuto por minuto!

Si. Era una sospecha atroce, o una certi-
dumbre que lo necesitaba; pero aquella ino-
cente criatura rubia—cuando él era moreno,
aquella niña de cabellos de oro, que era in-
dudablemente hermana de la que él llevaba
en sus brazos—formaba el punto único de
sus pensamientos; era el núcleo de donde
radiaban sus ideas de infortunio; el secreto
motivo de sus amargos dolores; la fuente
de su infelicidad i su martirio.

Aquel era el hecho, que yo habia creído
adivinar en el fondo de su vida. La terri-
ble víbora, presente en todos los momentos
de su existencia, vivía en su mismo hogar,
se alimentaba de su propio aire, crecía al
amor de sus cuidados. Era como si se le
hubiera enroscado al corazón.

—Pobre hombre! volví a murmurar den-
tro de mí, con un crecido sentimiento de
piedad.

De la rubia, pasó sus ojos el desconocido
a la morena, i por un arranque de desespera-
cion que no fué dueño de reprimir, la
apretó contra su corazón i le cubrió el ros-
tro de besos.

La niña despertó sobresaltada, pero él, si-
guiendo la cadena de sus infortunados pen-
samientos, continuó estrechándola contra
su pecho, como si en aquel instante de su-
prema amargura, hubiera creído que la des-
gracia trataba de arrancarle el solo tesoro
que le quedaba, el último refugio a su alma
batida por la duda.

—Papa, dijo la niña tímidamente—¿me
quieres mucho?

—Sí, hija mía, respondió él, de una ma-
nera apenas inteligible—porque estaba so-
llozando.

El viajero vestía de luto riguroso, lo mis-
mo que las niñas, i—como he dicho, se di-
rigió a la ciudad.

La persona que faltaba, pues, allí, era la
madre de las dos criaturas—a todas luces,
también—aquella por quien vestían los tres
de negro.

Habia muerto, pues, ella. La tumba se
había llevado el secreto que minaba la vi-
da de él. Porque, indudablemente, mas que
la verdad, era la incertidumbre lo que lo
mataba. Si él se habia puesto luto por ella,
era porque vivían juntos; un hombre tan
enérgico no habia podido transijir con el
crimen. Quizá, ni habia revelado su feroz
sospecha.

¿La niña rubia era un simple capricho de
la naturaleza? Era el fruto de un amor cri-
minal?

Aque la duda que amargaba la vida del
viajero era producido por sus pasiones ar-
diertes i un caracter en extremo celoso? ¿o
tenia quizá indicios, pequeños i mudos tes-
timonios, que le aseguraban a medias la
cerca de su desventura?

¡Ah! cuántos misterios como éste en el
mundo! Cuántas pobres almas, mártires de
una sospecha terrible, que la inmensidad
del amor, o el miedo al ridículo social, acia-
ha cobardemente!

Al bajarme del tren, no pude ménos que
decir, dentro de mí:

—¡Ah! pobre alma combatida! Hazes
bien en guardar tan obstinadamente el mar-
tirio que te amenaza. Tu secreto es de los
que se sienten i se callan...

CARLOS OLIVERA.

LA SITUACION

LIMA, JULIO 28 DE 1881.

EL 28 DE JULIO.

Las gloriosas tradiciones que unen
a dos pueblos hermanos que se confun-
dieron en los campos de batalla para
luchar en comun esfuerzo por su inde-

pendencia jamas llegarán a borrarse,
ni aún por la prolongada guerra que
desde hace mas de dos años sostene-
mos, pero que llega ya a su término.

El aniversario de la independencia
de una de las naciones sud-americanas
despertará siempre jenerosos recuerdos
entre todas ellas, i cualesquiera que
sean las causas que hoy nos separan del
Perú, saludamos con viva satisfaccion
el memorable aniversario del 28 de ju-
lio de 1821, en que proclamada la inde-
pendencia de ese país, se destruía por
completo el último baluarte que en es-
te continente conservaba la Metrópoli
amenazando la existencia de las nue-
vas naciones que acababan de formar-
se, sus hermanas no solo por la comu-
nidad de su orijen, sino tambien de sus
desgracias durante tres siglos de la
oscura i avasallada vida de colonias.

Apenas habian trasecurrido once años
desde que Chile lanzara el primer gri-
to de su independencia, i en medio de
los quebrantos que la lucha le habia
causado, cuando acude en auxilio del
Perú, a cuya suerte estaba íntimamen-
te ligado su porvenir; i sus esfuerzos
son coronados con el brillante éxito que
se obtiene en los campos de batalla i
queda definitivamente añanzado con la
victoria de Ayacucho.

Mas tarde, estos mismos pueblos
vuelven aparecer enlazados en estre-
cho abrazo de fraternidad para destruir
la obra de un afortunado ambicioso
que sueña con establecer una domina-
cion universal sobre tres naciones que
contaban ya un pasado glorioso i vida
propia.

Derrocado ese poder, Chile regresa
a sus hogares el ejército que por segun-
da vez ha ido a tierra extraña pero amiga
a defender los sacrosantos fueros de la
libertad; i desde ese momento se entre-
gó con esforzado ahinco a su propia
prosperidad, en cuyo camino marcha
con paso franco i seguro.

La misma alianza une a esas na-
ciones cuando años mas tarde España
manda sus fuerzas navales en deman-
da de reparacion de imaginarios agravi-
os; i una íntima solidaridad se esta-
blece para su propia defenza.

I sin embargo de estos anteceden-
tes, que nada debiera bastar para enti-
biar la armonia de dos naciones, una
guerra a que insensatamente es pro-
vocado Chile, cuando se le creyó dé-
bil i desprevenido, viene a destruir
esos vínculos tan poderosos.

El duelo era decisivo; i al fallo de
las armas se entregaba la suerte de
cualquiera de las naciones que fuera
vencida en esta tremenda lucha.

Dura era la resignacion a que tenia
que someterse el país a quien fuere
desfavorable el éxito, i no obstante, el
Perú, cuyas fuerzas militares i nava-
les fueron completamente aniquiladas,
no quiere levantarse del abismo en
que ha venido a caer, despues de se-
senta años de vida independiente.

Esta nacion, cuyo seno encierra
aún prodijiosas riquezas que el traba-
jo puede fecundizar, permanece ciega
i no quiere comprender que su única
salvacion está en el trabajo i la paz, i
que para llegar a ella ningun sacrifi-
cio debe ahorrarse, ni hai dificultad
que ante tan absoluta i primordial ne-
cesidad no pueda i deba ser salvada a
todo trance.

El triste silencio que pesa sobre la
capital en este día que debiera com-
memorarse con el alegre i bullicioso albor-
ozo de un pueblo que trae a su memo-
ria las mas puras glorias del pasado
debe servir de leccion a sus hombres, i
les impone la obligacion de que unién-
dose en un solo pensamiento, salven
su patria de los males que la amena-
zan arrastrarla por una fatal pendiente,
de que aún puede librarla el patriotis-
mo de sus hijos, si comprenden cual es
la obligacion que hoy pesa sobre ellos,
sin que consideracion alguna deba apar-
tarles de ese camino.

Ojalá que este día sea el iniciador
de esa nueva era, la única que para el
Perú puede ser benéfica.

DEL ENENIGO EL CONSEJO.

Antes que el Perú, muchos pueblos,
imperios lejanos, naciones famo-
sas, rodaron de las cumbres de la opu-
lencia i de la gloria al oscuro abismo

de la desgracia; of
de la taz de la tier
en las bóvedas de
de esas catástrofe
En nuestros día
senciar otras caida
no solo para Balta
misteriosa en las
palabras de la ley
tiempo la hora de
do para muchas o
nadie sabe todaví
tiene escrito tras
rá mañana.

Esta lei de la l
cion fatal i se con
el que fué un día
los incas.

El Perú ofrece
pectáculo tremen
pueblos ajusticiad
lo desconocido, pa
cia de los demas.

Símbolo ayer
no tiene hoy en sí
cifras que cuent
increíbles.

Pueblo soberan
do por extranjero
entregados a la au
que se disputan a
te los jirones que a
nudez.

I se vé ademas
campos sin cultivo
sus mares desierto
fensa, escondida s
sus hogares i al e
sin razon i ofendi
briendo con su pr
moribundo para i
tres de la ambic
que crió, le arr
le queda.

Todo esto alun
sol que vió antigu

En un tiempo
de ayer a hoy!—
los justos i nobles
patriotismo salud
madre que conce
das las madres: l

Hoy, hoy el Pe
tar acerca de sus

I qué este día
hechos de su hist
mente pasadas al
cosas i de hombr
mas que en el co
ron ejemplos de
amor a la patria,
cubre sus ojos pa
con valor la hond
la arrojan i sepul
sino lo que es atr
pias miserias, sus
bicion de los ban
honra de la nacio
los hombres!

Los que llama
en este día, sin
sienten, pero con
porque es solidad
pueblos american

La derrota sola
te la dignidad i e

El secreto de
paz en que vivim
trabajo que da el
entereza del espí

EL I

El señor Jener
do suspender la
de muerte impu
Militar a los reos
renzo Palacios, q
rificado ayer a la
en la plazuela de

Sin este jener
neral pesaria aún
ciudad la lúgubr
bria causado el c
nia para escarmie
de garantia para
la repeticion de
el ocultamiento d

Si la induljenc
otorgado el señor
nor a sus sentimi
honroso el espírit
dad para reprend
estado animado e
revela para lo fu